

LITERATURA: *MUNDOS POSIBLES PARA MALVINAS*

Brenda Melián

brenda.melian@yahoo.com.ar

-Todos soñamos con volver. Es difícil de explicar. Yo no volvería ni loco,

Pero sueño con volver –hice una pausa- Ustedes también.

-¿Nosotros?

-Los que no fueron.(...) Nos buscan y nos tienen miedo.

Suponen que sabemos algo que no les queremos decir, y que ustedes no quieren saber; nos envidian porque conocemos el camino y temen que se los revelemos.

Las Islas, de Carlos Gamerro

Introducción

Los hechos de la llamada “gesta” de Malvinas ya están consumados. Los mutilados y los muertos se cuentan, existen. Y no se pueden cambiar las cosas. ¿No se pueden cambiar? ¿Qué se puede cambiar? Depende. Si nos referimos a los resultados de la guerra, no podemos alterar el pasado. El tiempo nos obliga a movernos en la metáfora de la línea. Y sólo podemos regresar en ella a partir de la palabra. Es el relato, el uso del lenguaje el que nos permite movernos con una mayor libertad sobre las posibilidades del tiempo, sobre la experiencia vivida en el mundo real y sobre cómo decidimos contarla.

Entonces, los acontecimientos de Malvinas sí pueden cambiar. El lenguaje ofrece muchos mecanismos para referir una experiencia, según quién la cuente, en qué momento, cómo la evalúe, qué quiera provocar con ese relato. Ahora, el recurso básico de cualquier versión es la estructura del *condicional*. Es decir, nuestra mente dispone de una modalidad de pensamiento que se configura básicamente a partir de la posibilidad lingüística de hablar de cosas que no suceden efectivamente en el mundo real. Gracias a ello, el hombre pudo alguna vez pensar: *si uso este palo atado a una roca, puedo golpear*. Y comenzó a modificar su mundo. Así también pudo el hombre

remover el pasado, revisarlo, imaginarlo distinto: “Si yo no hubiera estado afuera del país, hubiera combatido en Malvinas”, “Si los oficiales hubiesen actuado con mayor inteligencia y dignidad, los soldados habrían al menos tenido más convencimiento sobre para qué estaban allí”, “Si no hubiera sido por el pelotudo de Galtieri, las islas se quedaban ahí como estaban”. Aunque contrafácticas, posibilidades.

Las teorías semánticas mucho se problematizaron para dar cuenta de las condiciones de verdad de este tipo de enunciados, dado que no son las mismas que las de una oración afirmativa. Así, aparece la noción de *mundos posibles*, introducida por Robert Stalnaker, la cual consistió en establecer, por medio de un procedimiento intuitivo de naturaleza pragmática, las condiciones bajo las cuales estamos dispuestos a creer y, por lo tanto, a aceptar un enunciado condicional. Stalnaker propuso entender el concepto de mundo posible como “el análogo ontológico de un conjunto de creencias hipotéticas”. Y a partir de esta noción, estableció las condiciones de verdad de enunciados condicionales:

Considere un mundo posible en el que A es verdadero y en el que los otros aspectos difieren mínimamente del mundo actual. Luego, el enunciado “si A, entonces B” será verdadero sólo si B es verdadero en ese mundo posible.¹

Según esto, entonces, cuando hablamos o pensamos por medio de condicionales, estamos accediendo a mundos posibles que nuestra mente es capaz de concebir, y que en general no difieren demasiado del mundo “real” (análogos ontológicos), sino más bien en ciertos aspectos específicos que nos permiten movernos hacia otras realidades posibles.

De ahí el título de este trabajo. Nuestra única posibilidad de entender Malvinas, de procesar los hechos, de dar significado y justificar esta parte de la historia de los argentinos, es planteando otras versiones de lo que podría haber pasado, dándonos la posibilidad de pensar la guerra de otra forma, por supuesto que con otro estatus de realidad (que es lo que menos interesa para el caso). Por un lado, están los mundos posibles que se generan en la mente de quienes vivieron en su cuerpo aquellos días aciagos en las islas. Por otro, las posibilidades ficcionales del juego literario que nos permiten a los lectores acceder de otras maneras a la dolorosa cuestión de Malvinas.

¹ Citado en Palau, Gladis (2004). *Lógicas condicionales y razonamientos del sentido común*. Gedisa, Buenos Aires. Cap. III, p.49.

Los siguientes desarrollos intentan dar cuenta de los mundos posibles que se plantean en *Los pichiciegos* de Fogwill y *Las Islas* de Gamerro: ¿Cómo están configurados? ¿Qué los justifica? ¿Quién los crea? ¿Qué nociones de *guerra* encierran esas posibilidades? ¿Cómo se relacionan con el mundo real?

Para terminar esta introducción, falta decir que como argentina, existe una motivación emocional que me liga fuertemente a los acontecimientos ocurridos en Malvinas. No porque lo haya vivido de cerca, o porque alguien cercano lo haya hecho (contaba yo con muy corta edad en aquel funesto año). Simplemente, por ser argentina. Sin embargo, recuerdo que comencé a saber de la “perdida perla austral” por los relatos escolares, que siempre me llevaron a la emoción, pero desde el punto de vista de quien nada conoce más allá de la versión oficial de los hechos, salvo el extendido supuesto de que “todos pensábamos que íbamos ganando”. Esa emoción era por las muertes, pero también -y más tal vez- por la injusticia de que nos robaran algo que nos pertenecía, y del derecho a recuperarlo. El tiempo pasa y la vida nos enfrenta a la otra historia, o al menos, a versiones ampliadas de los hechos. Otra vez, veo Malvinas, hablo de Malvinas, leo Malvinas y me encuentro nuevamente emocionada, dolida, indignada. Pero desde otro lugar, desde lo imperdonable de aquella estúpida decisión de invadir las islas, desde la cobarde excusa de la patria mal entendida para justificar una guerra perdida de antemano, que arrastró consigo miles de juventudes y condenó al olvido a los que lograron volver.

Tal vez simplemente quiero entender cómo hicieron otros para comprender Malvinas, para que no duela tanto en la memoria.

Sobre las formas de La guerra

La guerra puede ser definida de una manera general y abarcativa como *un conflicto entre dos grupos políticos independientes cuya solución se confía a la violencia organizada*. Partiendo de esta base, existen diferentes posturas sobre la relación entre los aspectos que la constituyen. Así, por tanto, será para Clausewitz “un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad”. Mientras que para Sun Tzu, el arte de la guerra se basa en el engaño, en combatir la estrategia del enemigo. Para él, la batalla, el “acto de fuerzas” es el último recurso. Antes que eso, Sun Tzu postula la habilidad, la preparación, la mesura como virtudes fundamentales en un

general. Toda decisión que provoque la destrucción masiva, el asesinato, no es considerada sino como última opción, cuando no queda otra alternativa.

La postura de Clausewitz es casi la opuesta en sus puntos de partida. Primero, porque considera poco relevantes las cuestiones emocionales o morales, es más, rechaza toda postura que intente caracterizar la guerra como algo que puede realizarse evitando la máxima violencia. Así, los axiomas que postula Sun Tzu son totalmente falsos para Clausewitz.

Muchos espíritus dados a la filantropía podrían fácilmente imaginar que existe una manera artística de desarmar o abatir al adversario sin un excesivo derramamiento de sangre, y que esto sería la verdadera tendencia del arte de la guerra. Se trata de una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda resultar. En temas tan peligrosos como es el de la guerra, las falsas ideas surgidas del sentimentalismo son precisamente las peores. (p.6)

Cabe observar, además, que ambos autores hablan de la guerra como algo *peligroso*, sin embargo, utilizan este argumento para respaldar dos posturas opuestas. Para Clausewitz, dado que se trata de algo tan peligroso, no debe ocurrir que alguien crea que hay posibilidad de ganar por métodos de la no violencia. En la guerra, hay que usar la fuerza hasta doblegar al enemigo:

Así, cada uno justifica al adversario y cada cual impulsa al otro a adoptar medidas extremas, cuyo límite no es otro que el contrapeso de la resistencia que le oponga el contrario. (p.7)

En Sun Tzu, lo peligroso de la guerra justifica la postura de que cada acción debe ser basada en el cálculo, la predicción, la anticipación, el engaño (confundir al enemigo). La victoria sobre una guerra es más completa si se puede evitar el combate, es decir, someter al enemigo acudiendo a la estrategia y, cuando no hay otra posibilidad, a la fuerza física en la contienda.

(...) Jamás una guerra prolongada puede beneficiar a ningún país. Aquellos que no logran comprender los peligros que encierra la conducción de las tropas, son incapaces de conducirlas ventajosamente.(p. 37)

En la teoría de Sun Tzu, los valores de quienes están a cargo de las tropas, los generales (militares) son fundamentales para guiar al ejército a la victoria. Un general debe ser paciente, de temple estable, calculador, con capacidad de conducción, respetuoso, no alentar el asesinato, nunca perder el control de sus tropas. Una cosa muy importante es que el *general*, quien tiene todos los conocimientos aptos para tomar las decisiones bélicas apropiadas para conseguir la victoria, no es lo mismo que el *soberano*, el “jefe de estado”, que sólo es el responsable de la

decisión (política) de llevar a cabo una guerra. Y afirma que cuando estos roles se mezclan, y el soberano “se mete” en cuestiones de control y decisión de los ejércitos, puede llevarlos a la derrota, por su falta de conocimiento de temas militares.

“Si el general no logra contener su impaciencia y ordena a las tropas agruparse en torno a los muros como un enjambre, un tercio de su ejército perecerá en el intento de tomar una ciudad. Este es el resultado de los ataques así conducidos.” (p. 47)

“Si controlo todos mis recursos y mi enemigo se muestra desordenado, si mis soldados muestran energía y sus tropas apatía, puedo darles batalla aunque su número sea superior” (p.49)

Ambos autores, por otra parte, le dan un papel preponderante a la inteligencia de quien está al mando. Sun Tzu no utiliza esa palabra exactamente, pero hace alusión a la misma virtud en otros términos de la racionalidad, sólo que las exigencias para ser un buen líder son más, incluyen, como vimos, aspectos éticos a observar. Dice Clausewitz:

Por lo tanto, si constatamos que los pueblos civilizados no liquidan a sus prisioneros, no saquean las ciudades ni arrasan los campos, ello se debe a que la inteligencia desempeña un papel importante en la conducción de la guerra y les ha enseñado a aquellos a aplicar su fuerza recurriendo a medios más eficaces.
(p.7)

De las teorías aquí expuestas, y tomando los “hechos” sucedidos en la guerra de Malvinas, las circunstancias que determinaron que esa guerra se concretara, su resultado y consecuencias se adaptan mayormente a un modelo como el de Clausewitz, para quien la guerra constituye una continuación de la política por otros medios. Se trata de una guerra de estado (país). Y es planteada en términos de enfrentamiento de fuerzas.

Todas las guerras tienen que ser consideradas como actos políticos. En relación con nuestro tema principal, podemos apreciar que, si bien es verdad que en cierta clase de guerras la política parece haber desaparecido por completo, mientras que en otras aparece de forma bien definida, cabe afirmar, sin embargo, que unas son tan políticas como las otras. Efectivamente, si consideramos la política como la inteligencia del Estado personificado, entre las combinaciones de circunstancias que deben ser tenidas en cuenta en los cálculos debemos incluir aquella en que la naturaleza de las circunstancias provoca una guerra de la primera clase”. Pero si el término política no es entendido como un conocimiento amplio de la situación, sino como la idea convencional de una aña gaza cautelosa, astuta y hasta deshonesta, contraria a la violencia, es en este caso cuando el último tipo de guerra correspondería, más que el primero, a la política. (p.19)

La guerra que se dio en las islas correspondería, al decir de Clausewitz, al primer tipo de guerra, en la cual la política no aparece en la guerra misma con evidencia, es decir, sigue estando pero a nivel del macrocontexto que define a la guerra. Dice este autor que *la guerra nunca constituye un hecho aislado*. Pero no existe la política (no está presente) entendida como estrategia de acción, que sería algo como lo que postula Sun Tzu: una serie de técnicas que orientan la guerra por otros caminos que no tienen tanto que ver con el combate-ataque directo.

Así, Malvinas estuvo constantemente definida “ desde afuera” por el mandato político del gobierno –de facto- argentino de “recuperación” de nuestro tanpreciado territorio, que por derecho nos correspondía. Y signado por el mismo abuso de autoridad que sucedía en el país de parte de los militares, ahora en un escenario más cruel aún, de peligro, muerte, lejanía, hambre, abandono. Algo muy importante a considerar es que, a diferencia de lo que en general se plantea con respecto a la guerra y la política, el caso que analizamos tiene la peculiaridad de que el “protagonista” tanto del mandato político como bélico es el mismo: los militares, que tenían en su poder el gobierno del país. Tanto Clausewitz como Sun Tzu dan siempre por descontado el hecho de que las decisiones políticas (gobierno a cargo) las toma alguien distinto de quien toma las decisiones respecto de la guerra (fuerzas militares). Cada uno es experto en su campo y, según dice Sun Tzu,

Si el ejército es presa del desconcierto y la desconfianza, los gobernantes de los países lindantes podrán causar perturbaciones. Este es el significado del proverbio que dice: *El desconcierto de un ejército lleva al triunfo del adversario.*(p.51)

Cita que refleja exactamente la situación de nuestros jóvenes soldados luchando en Malvinas. Una guerra definida por la desinformación, tanto en el mismo escenario de los hechos como en el país, que escuchaba y leía una versión totalmente tergiversada de los hechos. Durante Malvinas, la guerra se convirtió en aquello a partir de lo cual el discurso se construye y también es aquello sobre lo cual se habla, al decir de Foucault cuando analiza la teoría de Boullainvilliers. Sólo que en este caso era el gobierno militar (y no la aristocracia) el que estaba en una completa decadencia, entonces decide dar su último “manotazo de ahogado” para tratar de revertir su imagen discursiva y real, pero lo único que logra es terminar por ahogarse.

Por otra parte, en El arte de la guerra, existen 5 factores que Sun Tzu considera ESENCIALES al momento de reflexionar sobre la posibilidad de iniciar una guerra:

- **influencia moral:** conjunto de condiciones que hacen que el pueblo esté en relación armónica con sus dirigentes, gracias a lo cual los seguirá en la vida y en la muerte sin temor de poner en peligro su propia vida.
- **condiciones climáticas:** interrelación entre las fuerzas naturales, los efectos del frío en el invierno y el calor en el verano, y la conducción de las operaciones militares de acuerdo con las estaciones del año.
- **terreno:** las distancias, la transitabilidad del suelo, la naturaleza abierta o limitada del mismo y las oportunidades que ofrece para perecer o morir.
- **autoridad del general:** dada por las cualidades de sabiduría, equidad, humanidad, valor y severidad.
- **doctrina:** la organización, la autoridad, la designación de los oficiales en los rangos que merecen, el control de las provisiones durante la marcha y las necesidades de la tropa.²

Y aquí sí se puede analizar la realidad de la guerra planteada por Argentina en 1982, es fácil darse cuenta de que Argentina estaba condenada a la derrota de antemano, dado que ninguna de las condiciones esenciales en las que una guerra debe darse se cumplen para Malvinas: Lo más lejano que sucedía en Argentina era una “relación armónica” entre el pueblo y sus dirigentes; la interrelación de fuerzas naturales (muy poca luz solar, por ej.), el frío de un territorio internado en el océano y muy cerca del polo sur, sumado a la enorme distancia del continente, es decir, la lejanía de toda posibilidad de aprovisionamiento, terreno abierto, con muy poca vegetación. Todo esto provocó muchas muertes por congelamiento, por una parte. Ni hablar de las cualidades de mando, de las cuales sólo se cumple la de severidad, pero no por razones de estrategia de guerra, sino por el mismo goce del abuso de poder al que la clase militar de nuestro país ya estaba acostumbrada. Por último, el factor de doctrina se suma a lo que ya se viene explicando, la tropa sufría hambre, sueño, cansancio y principalmente, frío. Su vestimenta no era adecuada al clima y terreno. Resultado, más que obvio...

Ahora bien, para cerrar este apartado, vuelvo a referirme a la cuestión de los mundos posibles, a partir de la cual se realiza el abordaje de las obras ya mencionadas. Hasta este momento, he considerado todo aquello que forma parte del “mundo actual” (real) en el que vivimos. Todas las posibilidades que se alejan, en poco o en mucho de los hechos acontecidos, pertenecen a diferentes “mundos posibles” sobre Malvinas. Considero un eje muy claro en ambas obras el de

² Las definiciones de las condiciones son, textualmente, las del autor. He alterado su disposición en cuanto al formato textual, centrándome en aspectos definitorios cruciales. Estos cinco factores se encuentran desarrollados entre las páginas 23 y 25 del libro de Sun Tzu.

plantear otros mundos posibles para Malvinas, más allá de que sean contrafácticos en muchos casos y exista la conciencia de que el tiempo no puede volver hacia atrás.

Cada novela incluye una propuesta diferente: Fogwill escribe en paralelo a la guerra, creando un nuevo punto de vista en el escenario bélico de Malvinas, los pichis en sus refugios, y desde cuyos ojos se observarán los hechos; Gamarro propone por medio de Felipe, su protagonista, inagotables finales diferentes para la guerra que ya fue, pero que nunca deja de recrearse. A continuación se profundizará en algunos aspectos que permiten establecer comparaciones entre ambas novelas y resultan enriquecedores en sus diferencias.

El relato bélico

Nos detendremos en este punto, en la forma en que cada novela propone un mecanismo diferente de contar los enfrentamientos y las situaciones de lucha armada que se viven en el combate mismo.

En *Los pichiciegos*, todo es observado desde un afuera (que es otro adentro): el escondite. Ellos viven la guerra casi como testigos, desde su refugio bajo tierra, en el secreto. Ellos crean las pichiceras para evitar la muerte segura y tratar de sobrevivir hasta que la guerra termine. Así, inauguran un estado de cosas simultáneo al del exterior, en el que se suspenden los valores de ese mundo, para ser sustituidos por los establecidos por los “reyes magos” al mando de la pichicera. Así, el combate es afuera, porque no forma parte de la vida de los pichis. Y, por ser realidades concomitantes, forman parte de un mismo tiempo de narración.

Algunos rieron y otros, más preocupados por las bombas y por las vibraciones, seguían quietos, fumando, o sentados contra las paredes de arcilla blanda y la cabeza entre las piernas. De a ratos les llegaba el zumbar de los aviones y el tableteo de la artillería del puerto. Era pleno día sobre el cerro. Tenían hambre, abajo, en el oscuro. (p. 29)

Algo significativo en cuanto a la reacción del lector ante la existencia de los pichis, es que al comienzo se encuentra uno en la duda sobre cómo calificar la actitud de los pichis. Si les llamaría traidores, o cobardes, calificativos establecidos desde el mundo que funciona afuera (único parámetro disponible). Sin embargo, en pocas páginas ese juicio se suspende, para dar paso a un nuevo sistema de valores en el que no cabe algo como “cobarde” o “valiente”, se trata de una

forma de sobrevivir de aquellos que no eligieron ese destino de muerte segura al que fueron enviados, a defender intereses ajenos que les quieren implantar como propios. Ahora, el sistema de valores que rige el mundo de las pichiceras es “útil/inútil”. Como lectores, casi olvidamos que ellos eran parte del ejército en el frente. Y nos concentramos en las propias miserias y preocupaciones del submundo paralelo.

-Estoy jodido-decía el marino-, creo que me voy a morir. (...)

- ¡No jodas! En serio, yo me voy a morir –se lamentaba. Era un cabo de marina. Había ido a entregarse a los británicos y se había perdido. El turco lo encontró medio congelado y pensó dejarlo, pero después se le ocurrió que serviría para los pichis. Tuvo razón: él negoció con los marinos para que permitiesen desmontar el muelle de los durmientes, y les consiguió mantas y bolsas impermeables. (p. 43)

En el fragmento citado se puede comprobar la relevancia que tiene el valor de **utilidad**, lo cual se entiende como las posibilidades que tiene cada individuo de aportar algo a las necesidades de la comunidad pichi, siempre con la finalidad de la subsistencia. Así también, quien no aporta nada y ocupa lugar en la pichicera, no es bien recibido ni se le permite permanecer por mucho tiempo.

En este sentido, se podría decir que ellos tienen una participación diferente, pero también son parte de la guerra, su vida cotidiana depende de aprovechar al máximo las circunstancias de la guerra que puedan poner a su favor, como los negocios con los ingleses, a cambio de información. O materiales tomados de los argentinos (de barcos, muelles, de los “helados”) que puedan ser “reciclados”. Entonces, también ellos ponen en práctica un cierto arte de la guerra, muy propio y singular, sin propósitos demasiado elevados, más bien tienen el mínimo objetivo al que se puede aspirar cuando una no fue quien decidió la guerra. En cierto modo, ellos cumplen varios de los postulados que señala Sun Tzu en su libro:

El general, considerando las ventajas que mis planes le ofrecen, habrá de crear situaciones que contribuyan a su realización. Esto significa que deberá actuar con rapidez aprovechando cuanto vea ventajoso y adueñándose del equilibrio. (p. 27)

El arte de la guerra se basa por completo en el engaño. (p.27)

En cuanto a los cinco factores que se deben contemplar para iniciar una guerra, los pichiceros se acercan más a algunas de estas características, que el ejército argentino que pelea en el frente. Por ejemplo, en cuanto a la influencia moral, los pichis tienen una relación armónica con sus dirigentes, los reyes magos, lo cual cimienta en el ejército el espíritu de grupo. Todos aceptan su

autoridad, y no con miedo sino con el convencimiento de que la pichicera es una opción que nadie les obligó a tomar, y entrar significa acatar la normas de “convivencia”, o de supervivencia. Los líderes, en este caso, sobre todo el turco, no son crueles, ni injustos. Es decir, no reciben beneficios extra por ser quienes son, sino lo mismo, y tienen a su cargo la constante ideación de estrategias para seguir sobreviviendo: intercambios con los ingleses, horarios de salidas y entradas, lugares en donde aprovisionarse, intercambio con algunos argentinos, ampliación de la pichicera, cálculo de raciones según el tiempo que (suponen) estarán ahí. Reglas estrictas, pero no arbitrarias o injustas.

-El almacén... ¡hay que agrandar el almacén!

(...)

- Sí: más –insistía el turco-. Esto va a durar todo el invierno y hay que tener más cosas para todo el invierno.

- ¡Estás en pedo...! – decían Viterbo y el Sargento al principio, antes de que llegaran los británicos.

Y tuvo razón: agrandaron, consiguieron más cosas y ya en el almacén no había lugar para guardar todo lo que habían juntado.

- El pichi guarda, agranda, aguanta –les repetía [el turco] y tuvo razón. Igual que con la gente. Tenía razón.

(...)

- Para qué más – se quejaban todos, menos él.

- La gente sirve. Vienen más, traen más... ¡hay que elegir que sirvan: traen cosas, tienen más conocidos en los batallones, pueden cambiar más cosas y ayudar...! (p. 65-66)

Por otra parte, el turco sabía de lo suyo y en eso él se imponía a los demás, pero de lo que no sabía, no opinaba y respetaba a aquel que supiera más que él. Es claro que, si bien son cuatro los líderes (los reyes), él es el más decisivo, el que tiene más iniciativa y además es quien mantiene la esperanza y la renueva. Quiquito, quien luego nos enteramos que es el que transmite el relato, el único sobreviviente, no tiene un rol muy marcado en las decisiones, así como el ingeniero. Viterbo es quien más acompaña al turco en las iniciativas y asume fuertemente su rol de mando. Resulta sorprendente el momento en el que se revela la edad real del turco (19), cuando ya hemos avanzado la mitad del relato, porque realmente uno piensa que tiene bastante más edad, por la forma en que piensa y decide. Así lo expresa también quien narra la historia.

En el mismo capítulo, más adelante, se hace referencia a “los que mandan” tanto el ejército inglés como el argentino:

Tiempo después, García y el Ingeniero (...) dijeron haber hablado con presos que contaban cómo los británicos les pasaban picanas eléctricas portátiles para sacarles datos que ellos ni sabían.(...)

-En eso, son peores que los argentinos...-dijo uno y todos estuvieron de acuerdo.

No eran peores, eran iguales, le pareció. Los que peleaban venían mejor organizados. Los otros, los que mandaban, eran iguales. Hablaban diferente pero no eran diferentes. (p. 68-69)

Aquí vemos que claramente se separa a los argentinos entre los que mandan y los que pelean. Se reconoce superioridad a los ingleses que pelean, ya que efectivamente, estaban mejor preparados que los argentinos. Sin embargo, lo mismo que piensan y ven en los líderes argentinos, lo ven en ellos, son “capaces de cualquier cosa”. Es significativa –simbólica- en este sentido, la imagen de oficiales argentinos e ingleses “tomando el té juntos”, como iguales.

Hasta aquí en cuanto a la obra de Fogwill.

Por su parte, en *Las islas* se reconstruye el relato bélico de otra manera muy diferente. En esta novela, todo se mueve en las tres posibilidades del tiempo: pasado, presente y futuro. El presente ya no es el de la guerra misma. Todo ocurre diez años después en la ciudad de Buenos Aires. Entonces, siguiendo la lógica, la narración sobre batallas es incluida mediante el recuerdo, en diferentes situaciones de mayor o menor grado de credibilidad. A veces son sueños, otras delirios, otras simplemente recuerdos vívidos durante la vigilia, en los que se cuentan acontecimientos de los enfrentamientos, o los bombardeos. El relato bélico tiene, en este sentido, una pertenencia fuerte al “mundo real”, en contraste con lo planteado sobre “mundos posibles”. Todo ese relato alude y refleja la derrota, el sufrimiento, el dolor, el miedo, el frío, la muerte, la sangre...el no saber si se quiere morir o seguir vivo.

...el humo de turba, de madera, de combustible de helicóptero, de carne chamuscada, la lana húmeda, el viento soplando desde el mar, el miedo colectivo macerado durante semanas en el barro de los pozos, el rastro de pólvora en el aire de la mañana después de cada bombardeo nocturno consiguieron simular el original con tanto éxito. (p.268)

En este fragmento, en el que Felipe describe –por medio de una analogía con el olor de una mujer- el recuerdo de “olores”, las imágenes contienen acciones, sentimientos, sufrimiento. Y el personaje recoge todo esto como el “el olor de las islas”, convirtiéndolas al avanzar el relato en una mujer, de la cual no pueden separarse quienes estuvieron *en* ella, porque están casados de manera definitiva y final.

Tanto esta como otras partes del texto que utilizaré para explicar cómo se da el relato bélico en *Las islas* pertenecen al capítulo llamado “La vigilia”, el cual contiene las imágenes más vívidas y un detenimiento casi de letargo en las sensaciones de la desesperación psicológica que se

vivieron en esas eternas jornadas de la guerra. El capítulo tiene un desarrollo de los hechos de comienzo a fin, es decir, desde que Felipe es “reclutado” para la guerra, de su grupo allá en Malvinas, de su “tregua” cuando vivió por unos días en una vivienda con comodidades, de cuando volvió con sus compañeros al afuera, al hambre, al frío, al miedo, a la espera desesperante, al salvajismo original... hasta la tragedia final, en donde el relato se une al presente nuevamente, la muerte de Carlitos, su compañero.

Este capítulo, además, se mueve en las tres temporalidades de la novela: pasado, presente y futuro. El pasado, en los recuerdos de la guerra, el presente en la fiesta de Hugo (oficial) festejando los diez años desde que una mina le voló las dos piernas en Malvinas, con una torta con la forma de las islas. La fiesta de Hugo es la evidencia de un fetichismo exacerbado por un nacionalismo de la mente enferma de quienes sólo dictaban severas órdenes y prolongaban en Malvinas su deseo de demostrar poder por medio del maltrato innecesario. Toda la grotesca fiesta del mando militar de la guerra y la imagen del pasado deformada por su mente:

Me acordaba (...) mientras miraba a Hugo con la boca llena de torta volveremos a dejar nuestras huellas sobre la tierra de Malvinas, a pisotear a los ingleses y recuperar todo lo que nos quitaron (...) Quizás en el campo minado y alambrado de su cerebro había llegado a identificarlas [a sus piernas] sin más con las dos Islas, y por las noches soñaba con despertar, la mañana en que anunciaron por fin la definitiva recuperación argentina de Malvinas...(p.284)

Así, Felipe recuerda y cuenta dos hechos de maltrato sin razón ejercido por los oficiales a dos soldados. Uno fue obra del mismo Hugo y otro, que termina en la muerte de un soldado, protagonizado por Verraco. Y también está la historia -incrustada- de hijitus, un clase 63 que, según Felipe y sus compañeros de fosa, se había escapado de su puesto por maltrato de alguno de sus oficiales, y se quedó con ellos en el pozo.

Uno de los relatos más “detenidos”, es decir, que avanza en tiempo psicológico y casi nada en tiempo real, es en de las noches en que soportan los bombardeos desde barcos. Cada noche está así, llena de terror y nunca se sabe si llegarán o no a la mañana del siguiente día:

...era difícil volver a dormirse: los oídos y la cabeza dolían hasta hacer llorar, el cuerpo estaba duro y tenso como metal retorcido, las palabras no salían de la boca: pasábamos esas horas hasta el alba acurrucados uno encima del otro, los músculos crispados en un calambre continuo, rogando por la primera luz. Las reacciones venían en capas (...), la cabeza pulsando, la náusea revolcándose furiosa en el estómago vacío; más adentro

todavía, todos los odios, las culpas, los arrepentimientos y las acusaciones de la imaginación y la memoria, la búsqueda furiosa de culpables reales o inventados, las ganas de morirse... (p.291)

Finalmente, también existe la representación de un futuro en este mismo capítulo y es el que se imaginan y proyectan tanto los oficiales como algunos de los soldados compañeros de Felipe. Esto aparece con evidencia cerca del final del capítulo, cuando Felipe estalla en bronca contra Verraco por el recuerdo del suceso en el que éste hace torturar y matar a Carlitos (a sus propios compañeros) por no querer entregar un cordero que estaban asando para saciar el hambre de días sin comer. Sus compañeros, Tomás y Sergio, otros dos ex combatientes lo sacan del lugar y le hablan queriendo convencerlo de que debe seguir en buena relación con Verraco, porque lo necesitan, él es el único que “puede llevarlos de vuelta”.

-Felipe -siguió Sergio-, estamos tan cerca ahora. No lo arruines por una pavada como esta. El futuro es lo que importa, no el pasado. Y en el futuro nos espera nuestro hogar. Cuando llegemos, todo esto no va a tener importancia. A las Islas sólo van a volver los elegidos. Pensábamos que vos eras uno. No nos falles ahora. (p. 302)

Aquí aparecen los “mundos posibles” sobre la guerra de Malvinas. Son los relatos futuros, lo que muchos que estuvieron imaginan que pasará cuando vuelvan, en este caso. Los compañeros de Felipe desean volver, pero no solo es un deseo, sino un plan compartido entre ellos y varios militares que estuvieron al mando, como Verraco y Hugo. Se trataría de una contraofensiva que esta vez sí ganarán. En otros momentos de la novela, estos mundos posibles están planteados bajo otras formas, como el juego virtual sobre la guerra que Felipe crea para Verraco. Allí se describen las armas, la vestimenta, aviones, barcos, y se reeditan batallas que fueron dadas en Malvinas, pero que en el juego se pueden ganar.

Los videogames no tienen la posibilidad de convertirse en un registro de pasado hechos pasados, ya que la habilidad del jugador es la que decide qué es lo que va a suceder en la pantalla. (...) Mi problema era encontrar una manera de agitar el cadáver inerte de la historia con la vida del juego; de ver por un lado hasta dónde era posible torcerle el brazo a los hechos sin que gritaran, y por el otro respetarlos sin que ahogaran la libertad de movimiento bajo su pesado culo. (p.75)

Otro caso es el de la maqueta que está haciendo Ignacio, uno de los ex combatientes amigos de Felipe. Pero no deja de perfeccionarla, es decir, nunca la termina, no tiene “versión definitiva”. Sergio, en cambio, tiene un método mayormente lingüístico de crear mundos posibles: se interesa por la historia alternativa, por cada hecho que se narra y trata de ubicar el punto a partir del cual las cosas podrían haber sido de otra manera.

Siempre es fácil reconocer sus artículos anónimos en la revista de los ex combatientes porque siete de cada diez verbos estaban en condicional. Afirmaba estar trabajando en un libro que se llamaría “mil finales posibles distintos para la guerra de Malvinas”, pero nunca había mostrado una página a nadie, temiendo quizás que al hacerlo alguna opción quedara fija para siempre y dejara de pertenecerle. (...) Seremos los perdedores los que siempre nos interesamos acerca de las posibilidades de la historia. (p. 56)

El método de Tomás era el de retrospección. Algo muy diferente a los otros, más apegado a los hechos reales, pero en su versión invertida, lo cual permite “ver” a la guerra como un mal comienzo con un buen fin. De la destrucción se pasa a la imagen intacta, perfecta, como final de la historia.

La solución para él consistía en proyectar la película de Malvinas para atrás para que todo volviera a ser como en los primeros días. Los diez mil prisioneros se liberaban en los barcos y volvían a toda máquina hacia la capital de las Islas, que retomaban empujando a los ingleses calle por calle y monte por monte, la tierra volando por cuenta propia a llenar los cráteres y reparar las paredes de las trincheras, la sangre volviendo al cuerpo de los heridos y los muertos levantándose para volver a combatir, obligando al enemigo a retroceder hasta sus barcos y volverse marcha atrás hacia Inglaterra. Entonces bastaba con detener el film para congelar la imagen en algún día soleado de abril de 1982... (p. 56)

Para cerrar este análisis, es pertinente retomar a Foucault, quien propone y sostiene noción de la *contrahistoria*, para la cual el punto cero de la historia, es la invasión. La concepción históricopolítica de este nuevo relato -dice Foucault- subvierte los términos de las relaciones entre la fuerza y la verdad. En esta guerra, es el mismo día en que los argentinos se instalan en las islas dispuestos a recuperarlas como territorio nacional. De allí en adelante, comienza a configurarse también otra historia, que no es resultado unívoco de un solo relato, sino el colage resultante de experiencias no existosas, individuales, de hechos que, la mayoría de las veces, no son los que la historia oficial registraría: los individuos en una eterna espera que los desmoralizaba por las condiciones infrahumanas en las que los tenían allá. En el frío doloroso casi insoportable que los oprimía, con hambre de días, viviendo en cuevas que se mojaban con la lluvia, así, permanecían hasta que se secaban solos y seguían o se morían. Del combate y cómo iban con Inglaterra, casi nadie de los que estaban en las islas lo sabía. Cada soldado se convertía en un ser vivo reducido a sus peores miedos, tratando de sobrevivir. Su verdad se apoya en el hecho de ser parte del conflicto. Es una verdad emitida de boca de los que combatieron, pero nada tuvieron que ver con decisiones de mando. Malvinas es un rejunte de malas experiencias personales de quienes sólo luchaban por sostener su propia vida, por lograr volver sin morir o enloquecidos. Una de las cuestiones que aparece sólo en la contrahistoria, la cual disputa con la

historia única escrita por los militares su derecho a la verdad; es la que plantea Felipe abiertamente en *las Islas*:

Pero [Carlos] era el que más posibilidades tenía de llegar vivo y entero hasta el final, el que más derecho tenía a sobrevivir. Y seguramente lo hubiera hecho si los ingleses hubieran sido el único peligro, si no hubiera estado también Verraco. (p.294)

Esta idea terrible de que “el enemigo” para los soldados que combatían no eran solamente los ingleses, sino sus propios jefes, que los maltrataban por diversión, por simple deseo de sentir superioridad y que llegaban a quitarles la vida, sin que por ello sintieran nada de remordimiento. Por otra parte, los militares al mando, tanto de las acciones de las islas como del país, se encargaron de dar una visión unívoca de los hechos, con himno y todo. Es la función de la memoria histórica, la de sostener un discurso de esplendor del poder con sus rituales y funerales, elegías y epitafios, ceremonias, crónicas legendarias. La versión que siempre habla de “héroes” Esta versión de la guerra utilizó un dispositivo de saber-poder que le aseguró por varios años el arraigo en el imaginario argentino. Por un lado, se enseñó en la escuela, se hicieron monumentos, actos y -algo fundamental- se condenó a los que tuvieron como lugar de regreso la locura, el confinamiento, la marginalidad, sitios desde los cuales mucho se puede decir, sin ser escuchado... Dice un pichi:

Fechas, cuentos, caras y voces y nombres de los que se fueron: todo se olvida. Nada se puede saber bien. (...) apenas se sabía lo que cada uno debía hacer. Y eso por las órdenes...

-¿Querés decir que la memoria depende de los que mandan, o de lo que te mandan los que mandan?

-Sí, ahí era así. (p. 93)

La contrahistoria aportó justamente el principio de inteligibilidad por el que buscaba el conflicto inicial y la lucha fundamental, individualizaba las traiciones y encontraba las verdaderas relaciones de fuerza. Y pudimos conocer esta contrahistoria porque el sistema de derecho – la política de verdad- que configuró el relato histórico oficial, cayó. Volvimos a la democracia y los argentinos “los que nunca estuvimos”, como dice Felipe, comenzamos a indagar, a buscar, a necesitar, la contrahistoria. Todos, en cierto modo, queremos *volver* a las islas.

Por lo tanto, la verdad será dicha y buscada en tanto llegue a ser un arma dentro de la relación de la fuerza. Quien habla, en la medida que funda una verdad ligada a la relación de fuerza, que establece una verdad-arma y un derecho singular, es un sujeto beligerante, más que polémico. La

contrahistoria no es un *mundo posible*. Es una versión perteneciente al *mundo real*, pero con poca publicidad...

Conclusiones

La pichicera, llegados a este punto, no es tan diferente de las “cuevas de zorro” en las que subsistían los soldados argentinos en la versión de Felipe. Todos aislados, sin información sobre cómo iban las cosas. Casi no salían de las cuevas, salvo para cazar una oveja –conseguir comida– o para hacer sus necesidades afuera, o intercambiar cosas útiles, no dinero. Esto aparece en ambas novelas. Diferencias: el futuro para los pichis no era nada en lo que quisieran pensar. Si ganaban unos, los llevaban presos; si ganaban los otros, los mataban por traidores. En el presente que vivían estaba concentrado su pensamiento. Cuanto mucho, se limitaban a decir qué era lo que más anhelaban: estar limpios, dormir en cama, comer un asado, ver a sus padres. Imaginan posibilidades, no se comprometen con ellas... no creen en la posibilidad de futuro para ellos. Es por eso mismo (porque viven en el presente) que su peor sufrimiento, lo que no pueden soportar, es el DOLOR. No toleran heridos en la pichicera, porque sentir sus quejidos de insoportable dolor, por días, sin poder atenderlos para que mejoren, los volvía locos. No podían dormir, hasta que ese pichi muriera. Lo otro que no puede soportar un pichi es el MIEDO constante, el que no cambia, el que está siempre ahí.

Hay dos miedos: el miedo a algo y el miedo al miedo, ese que siempre llevás y que nunca vas a poder sacarte desde el momento en que empezó. Despertarse con miedo y pensar que después vas a tener más miedo, es miedo doble: uno carga su miedo y espera que venga otro, el del momento, para darse el gusto de sentir un alivio cuando ese miedo chico –a un bombardeo, a una patrulla– pase, porque esos siempre pasan, y el otro miedo no, nunca pasa. (p.94)

Como dice Sarlo, los pichis no están en posición de reflexionar, no pueden hacerlo porque lo es posible para ellos tomar distancia de los hechos.

En la novela de Gamerro, en cambio, ya sobrevivieron, ya están del otro lado. Hace diez años que “volvieron”. Pero ¿volvieron o tratan de volver?. Para Felipe, Tomás, Sergio, Emilio, Ignacio el temor más profundo es el de no poder darle un sentido a lo ocurrido allí en Malvinas, viven “su resto” de vida pensando en ellas, en las islas. Están casados con ellas, no pueden olvidarlas, o separarlas de su mente. Por eso inventan nuevas versiones de los hechos, otros

destinos, la victoria. Las imágenes de las islas los invaden, como reclamándoles que vuelvan: está la mancha de humedad en la pared del Borda, el tatuaje en el brazo de uno de sus amigos, la torta de la fiesta de Hugo, “las manos” de Perón depositadas en el mar (luego de abandonar al “general”) . A su vez, más allá de inventar versiones diferentes de los hechos, los amigos de Felipe Félix y otros militares del mando están planificando la vuelta a Malvinas, una experiencia sólo para los elegidos... Se reúnen, planifican, se preparan para ganar. Ese es el único futuro que vislumbran.

Las Malvinas están incrustadas en el cuerpo de Felipe, están ahí para recordarle que él nació al volver (episodio del Borda), como todos los demás. Que quedó enamorado de las islas, que nunca podrá “sacárselas de la cabeza”. Dice Felipe, al volver a visitar en Borda:

A veces siento que me crié acá. Tengo recuerdos de mi vida de antes, pero no siendo nada, como si fueran los recuerdos de otro. Quizás sea la verdad. Nací en la guerra y me crié acá. Una isla fue mi papá y la otra mi mamá. Todavía tengo en la cabeza las marcas de los fórceps. (p. 336)

Los que se fueron, volvieron otros. Ya no encajaban en el lugar que habían dejado. Entonces, ¿cuál es el mundo real para ellos? El que dejaron ya no los acepta. ¿Cuál es el mundo al que pueden pertenecer? Sólo aquel que ellos mismos crean, volviendo a encontrarse, apoyándose unos en otros, porque se entienden, porque hay mayor accesibilidad entre los mundos que ellos crean, que entre esos mundos y el real. Porque entre ellos no tienen que explicarse, se comprenden, saben lo que fue estar allá. Y se necesitan para sobrevivir en este mundo que ya no es el suyo.

Porque para todos -pero principalmente para ellos- el mundo real solo tiene sentido a partir de sus mundos posibles.

Bibliografía

- Fogwill, R. 2006. *Los pichiciegos*. Interzona editora, Buenos Aires.
- Foucault, M. 1998. *Genealogía del racismo*. Ed. Altamira, La Plata.
- Gamerro, C. 2007. *Las islas*. Grupo editorial Norma, Buenos Aires.
- Kohan, M. 2008. "La ficción no tiene un compromiso con la verdad". Entrevista extraída de <http://www.ar.terra.com/terramagazine/interna>

-Palau, G. 2004. *Lógicas condicionales y razonamiento del sentido común*. Gedisa SA, Buenos Aires

-Rozitchner, L. 2005. *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia*. Losada, Buenos Aires.

-Sun Tzu. *El arte de la guerra*. Ediciones Andrómeda, Buenos Aires.

-Von Clausewitz, K. (2002). *De la guerra*. Copyright <http://www.librodot.com>

-Apuntes tomados en clases del seminario de maestría “Guerra y literatura”, dictado por el Dr. Martín Kohan. UNPSJB, Trelew. 27-31 octubre de 2008.